

Palabras de Beatriz Bixio

Buenas tardes. Quiero agradecer a Beatriz y a la editorial **Eduvim** por la invitación que me han hecho para presentar este necesario libro.

¿Cómo no agradecer a Beatriz Vottero? Por el gesto amoroso de su llamado a que participemos de este homenaje a Edith, por incitarnos a animarnos a volver al corazón, recordar, aquello que era una íntima y borrosa experiencia personal. ¿Cómo no agradecer al equipo editorial? Su gentileza y respeto por la memoria, los tiempos y por los trajines de cada uno. Finalmente, agradecerles el trabajo de coleccionar, mendigar los datos –como diría un antropólogo–, organizarlos, darles consistencia, seleccionar fotografías, escribir textos... Realmente, un esforzado proyecto concretado en una gran obra, un tejido, como le llama la compiladora, de relatos, poemas y testimonios.

Sin duda, estamos presentando un libro y debemos hablar del libro, pero... ¿Cómo hablar del libro sobre Edith, sin hablar de Edith? Qué podemos decir de nuevo de Edith, de su obra, de su vida, de sus alegrías y de sus tristezas que no haya sido dicho en esta voluminosa obra en la que sus más allegados amigos, quienes mejor la conocieron y la quisieron nos regalaron con generosidad sus más íntimos recuerdos e impresiones. Textos, algunos que conmueven hasta las lágrimas, otros, que despiertan los sentidos, que llaman a la justicia, que ponen en alerta nuestra comprensión de las infancias y la labor docente y, finalmente, otros que convocan la risa o la sonrisa, y todos, despabilan la memoria.

Lamentablemente, en este momento no puedo volver a decir cada uno de los textos que componen este libro y no sólo por razones de tiempo. Sucede que cada una de las instantáneas que nos ofrece esta suerte de antología es un mundo complejo que nos ayuda, cada uno, a delinear algo del universo Edith: su andar, su cantar, su poetizar el mundo de los animales y vegetales, especialmente aquellos que son diminutos y su modo estético de estar en el mundo. Recuerdos, anécdotas, entrevistas, poemas de Edith, poemas para Edith, delineados de una práctica docente, de una innovación pedagógica, delineados de una vida, algunos escritos más biográficos, contextualizados en acontecimientos históricos y sociales. En síntesis, en este libro se conjugan su pensar y su sentir, el *sentipensar* del que hablan los sociólogos y sociólogas. La fusión del pensamiento y el sentimiento, de la acción y la interacción, de las emociones y las racionalidades, integración coherente que define a Edith y que podemos recomponer con minuciosidad a partir de los textos de este bello libro.

No vamos a hablar ahora del contenido del libro, no vamos a hablar de Edith, no vamos a reeditar sus poéticas, sus convicciones, sus tristezas, sus éxitos y sus

dolores, no vamos a volver con una vida que se poetiza o con una poesía que revierte en vida. Ello está mucho mejor dicho de lo que yo podría hacerlo, en estas páginas.

Quizá no hay modo más simple de ingresar a una obra que reflexionar sobre su título: *Me atravesaba un río. Testimonios, recuerdos, imágenes en torno a Edith Vera*. Allí está la composición, la estructura y el dispositivo enunciativo que convoca a los escritores: Por un lado, la palabra del poeta (“me atravesaba un río”) refleja la voz de Edith con su río bajo el brazo y, y por otro, la palabra de quienes dicen a Edith (testimonios, recuerdos, imágenes). Allí están las dos voces, las dos palabras que se engarzan con cuidado, respeto e inteligencia en este libro, dando lugar a un inmenso laberinto poético en el que nos perdemos con pasión.

La voz de Edith se integra en poemas y otros escritos, muchos de ellos inéditos hasta hoy. Las voces de los autores están ahí, para hablar de Edith y de sí mismos.

Pero no sólo están las voces en el título, también está el río que atraviesa a la poeta, en esta suerte de indefinición entre ella, su vida, su sentir y la naturaleza. Está el río Calamuchita, el río de su ciudad. Podríamos seguir indagando en el título, especialmente en la expresión “en torno a” ¿es que no podremos nunca centralizar la mirada cuando hablamos de Edith? Parece que sólo podemos rodearla, ese es el verdadero misterio de su poesía, de sus juegos y de su vida.

Se podría realizar un extenso listado de las cualidades de Edith que cada uno ha resaltado en su escrito. Hice el intento, jugué el juego a que nos convoca la poeta toda vez que la llamamos. El producto impresiona: ¿Cuántos de estos adjetivos podemos soportar/merecer cada uno y cada una de nosotros y nosotras? Quizá, sólo algunos. Allí reside *la poesía total* de la que habla Aldo,

Edith perfumista; poeta.

Edith directora; maestra, alumna, pedagoga innovadora, precursora.

Edith productora de un programa de TV, artista total, correctora; dibujante, Edith cuentista, cocinera, pintora, ceramista, premiada, guitarrista, cantora.

Edith ferretera, dueña de un café concert, lingüista, ciudadana ilustre de la ciudad, Edith castigada, olvidada, perseguida, desgarrada, peronista.

Edith acumuladora, nutricia, coqueta, pícara, humorista, valiente, defensora del afecto y lo sutil, labradora de la belleza, maga generosa, hechicera,

Edith suave, delicada y frágil, obstinada. Edith maravillosa, hermosa y cálida, humilde, extraordinaria, etérea.

Edith culta, Edith estudiosa,

Edith palabra, ternura, conversadora, ligera, sencilla, liviana. Edith talento. La poeta del universo vegetal. Edith inteligente, Edith misteriosa, honda, esencial y enigmática. Edith magnética.

Edith empoemada

O sea, el universo Edith sólo puede ser rodeado.

Otra observación sobre las voces: muchos de los escritos le hablan directamente a Edith, hablan con ella, le escriben cartas, la convocan en una expresión, una exhortación, le agradecen como si estuviera presente: *"Bienvenida, querida Edith, cuán necesario tu b(i)endecir"; "gracias, querida Edith", "Edith: seguís aquí, estás presente y por eso quiero preguntarte, con emoción y asombro: ¿algún día, en algún lugar me contarás y al fin sabré por qué me decías siempre que yo llevaba un pajarito azul en el corazón?"*, *"Como lectora me enseñaste a detenerme, a sentir que un pequeño y desapercibido objeto de la naturaleza, a través de tu poesía, nos logra despertar al mismo tiempo todos los sentidos"*, *"Te quise y te quiero mucho"*.

Una pequeña digresión. Sea por azar, o por necesidad, diría Monod, sea por los misterios que sobrevienen cuando está sobre la mesa la poesía de Edith, mientras leía el libro de esta presentación, paralelamente, leía uno de John Berger, *Aquí nos vemos* (Alfaguara 2016), y no pude sino anudar las dos obras. Berger convoca la presencia de la ausencia, como lo hacemos ahora, como lo hicimos cuando escribimos. Berger camina por diferentes ciudades europeas y se encuentra con sus seres queridos, con quienes han dejado una huella en su vida, muertos hace años que de repente, conversan con él con naturalidad, sin tristeza ni melancolía. Con alegría, ternura y esperanza. El texto todo es una celebración de la vida en su diálogo con los muertos.

El de Berger es un texto raro, como el nuestro. Los críticos no acuerdan si se trata de una novela o de una serie de cuentos, como nuestro libro, de difícil encuadre en algún género. Se trata de un diálogo con alguien ausente que lo reenvía a su infancia y juventud, rememora anécdotas en las que el conflicto político y social, el contexto de guerras y el sufrimiento no se escamotean. Como el nuestro. El humor y la complicidad entre el autor y el rememorado, están presentes, como en el nuestro. El autor reflexiona cómo lo podríamos hacer nosotros: *"La cantidad de vidas que caben en una sola es incalculable"*.

La anécdota domina la escena del libro de Berger, como en el nuestro.

En efecto, como dijimos, el libro que presentamos cuenta con testimonios, confidencias, anécdotas, relatos, recuerdos, semblanzas, entrevistas de amigos, trabajos académicos, que nos informan sobre sus concepciones pedagógicas, políticas, su militancia, todo ello engarzado con fotos, poemas y manuscritos de Edith y con escritos de Beatriz Vottero que asumen la voz de Edith y su identificación con la naturaleza.

En este conjunto, destaca la narrativa breve sobre alguna experiencia específica que involucra a Edith y al ocasional autor.

Me pregunto para qué la anécdota, qué sentido tiene, qué aporta. ¿Por qué este extenso “anecdótico”? ¿Qué dice la anécdota, género considerado “menor” que no dice la historia o la biografía o la crítica cultural? Son microrrelatos en los que se recupera una cotidianeidad, esa que no puede ser dicha de otro modo. Un investigador dice que la anécdota es más que una simple historia, y resulta valiosa al proporcionar una forma de entender la incompreensión, nos ayuda a decir aquello que podría eludir nuestra atención y trascender nuestra capacidad lingüística. Son los problemas de la lengua y de lo inefable, de lo que no puede decirse porque las palabras no alcanzan, de lo que no alcanzamos a comprender bien porque nos faltan las palabras para su descripción. Allí está la anécdota, para poner en escena la experiencia del arte total de Edith. Otorga la fuerza de lo singular a esa Edith que cada uno está narrando. La anécdota agrega a la historia una densa capa interpretativa sensible.

Las anécdotas nos entretienen, todas tienen la luz de Edith, pero también, revelan su emoción inusual ante aquello que es aparentemente intrascendente, como el pétalo de un trébol, o ficcional, como el orgasmo de una margarita cuyos pétalos tiemblan todavía y lánguida estira su tallo erguido al sol. Interesa reconocer que los autores de las anécdotas –posicionados desde diferentes lugares de enunciación: amigos, estudiantes, maestros, colaboradores, sobrinos, compañeros de poesía y de vida- forman parte del relato, se presentan y se desnudan también en lo que cuentan de Edith, de lo que ella representó en sus historias personales. Lo sensible se reparte entre el recordante y el recordado y se encuentran, en un mismo sentir. Diapasón que es la magia o mejor, la marca, de la poesía. Esto es, es un libro que a la par que intentamos decirla, nos decimos. Hablamos también, cada uno de los autores, de nuestras búsquedas y emociones:

“Esa Edith con sus cicatrices vive conmigo, me ayuda a mirar, a ver y también me susurra al oído estar atenta a las injusticias”

Para finalizar, unas breves palabras sobre el legado y la herencia que nos deja Edith.

Todos, de una manera u otra, agradecen a Edith, han sido transformados por ella, tienen su huella... *“Edith me sigue enseñando.” “Creo que nadie puede salir igual al pasar por su obra”.*

El mundo que llegó a construir Edith fue también único, expresado no sólo en su poesía. Como se dice en uno de los textos: *“sin exageraciones: desaparecían los ruidos, no volaban pájaros, escapábamos del tiempo, se detenía el mundo cuando ella leía”*, y tantos, tantísimos otras citas que podríamos acercar. Decía Derrida: *cada vez, en cada circunstancia, la muerte de cada cual implica el fin del mundo, un fin del mundo único, singular, insustituible.*

Y aquí, creo, reside lo realmente potente de las anécdotas que compartimos en este libro. Memoria, legado, herencia, tres conceptos anudados: la memoria confunde, engaña, tiene laberintos en los que nos perdemos. Como en el sueño, la memoria es un chispazo, que llenamos de contenido como cada cual puede. Decía Edith: *la memoria, ese hilo que va de la luz al abismo, y más allá.*

Las anécdotas que contamos son memorias, son legados que hemos recibido de Edith y que pretendemos, a su vez, con este libro, llegar a otros. Este legado deviene también herencia en cuanto se redefine continuamente, por efecto de los canales misteriosos de la memoria y por su transformación en el complejo entretejido, en la filigrana polifónica, de este libro en el que las memorias se entrecruzan y se completan, dialogan. Cada texto del libro es, como dice la compiladora, una pieza de un puzzle, incompleto por definición. Así, este libro no pretende –ni podría– proveer a la memoria de Edith de un soporte material (como un busto), que por ello mismo la cristalice, la fije, la olvide. Por el contrario, trata de inscribir la memoria en una cuestión política, una política de la memoria que la mantenga en estado de alerta, para que funcione, y dé lugar a nuevas interpretaciones y nuevas construcciones de sentido; una memoria que no hable por Edith, que hable con Edith. Una memoria no fosilizada sino atenta, vigilante para, diciéndolo con palabras de Edith, *“nadie se sienta exento de la poesía”.*

Para cerrar, una cita del libro:

“La seguiremos leyendo y celebrando por cien años y más. Que el hechizo amoroso de su legado poético continúe resonando, siempre y por los más insospechados destinos”.

Este libro no es sobre Edith. Es sobre nuestra Edith, la de cada uno y cada una de nosotros y nosotras. Así en este poema que sigue yo encuentro a mi Edith:

Se la manyó la vida
propio que un caramelo,
pobre florcita leve,
rosa pitiminí.

Con los primeros fríos
desató sus polleras,
y una a una cayeron
y el viento las llevó.

Vino la Parca entonces,
le chamuyó al oído,
y sin decir ¡la pucha!
la rosita espichó.

Pícara, graciosa, divertida, ingeniosa.